

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Jean de La Fontaine

Una liebre y una tortuga hicieron una apuesta.

La tortuga dijo:

—Te apuesto que no llegas tan pronto como yo a ese árbol...

—¿Que no llegaré? —contestó la liebre riendo—. Estás loca.

—Loca o no, mantengo la apuesta.

Apostaron, y pusieron junto al árbol lo apostado. No interesa a nuestro cuento saber lo que era ni tampoco quién fue el juez de la contienda.

Nuestra liebre no tenía que dar más que cuatro saltos. Cuatro de esos saltos desesperados que da cuando la siguen ya de cerca los perros. Ella los da muy contenta, sus patas apenas se ven devorando el campo y la pradera y pronto despista a sus enemigos.

Tenía, pues, tiempo de sobra para mordisquear la hierba, para dormir y para olfatear el viento. Dejó a la tortuga partir con su pasito calmo. Esta partió esforzándose cuanto pudo y avanzó lentamente.

La liebre, en tanto, desdeñando una fácil victoria, tuvo en poco a su contrincante, y juzgó más decoroso no emprender la carrera hasta última hora. Se quedó tranquila sobre la fresca hierba, y se entretuvo atenta a cualquier cosa, menos a la apuesta. Cuando vio que la tortuga llegaba ya a la meta, partió como un rayo; pero sus patas se atoraron por un momento en el matorral y sus bríos fueron ya inútiles. La primera que llegó a la meta fue su rival.

—¿Qué te parece? —le dijo la tortuga—. ¿Tenía o no tenía razón? ¿De qué te sirve tu agilidad siendo tan presumida? ¡Vencida por mí! ¿Qué te pasaría, si llevaras, como yo, la casa a cuestas?

La idea de nuestra superioridad nos pierde con frecuencia.



Ilustración de Francesca Ratto